

Fecha: Quito, 4 de mayo de 2012

Fander Falconí

Título:

“El socialismo del Siglo XXI y la Aplicación de modelos políticos y económicos en Suramérica”

“La función de la crítica política, como la de la política en sí misma, es la de reducir al mínimo el sufrimiento humano y aumentar la felicidad humana”.

Richard Rorty

I. Introducción

En esta intervención nos proponemos presentar las reflexiones y lineamientos centrales de lo que denominamos “Socialismo del Siglo XXI”. Para ello, es fundamental realizar algunas breves referencias históricas que conforman el contexto y el texto de las controversias y propuestas ideológicas, económicas y políticas actuales.

Disolución del bloque soviético y consolidación del neoliberalismo.

A fines de la década de 1980, se produce la disolución del bloque soviético, uno de los campos ideológicos más importantes luego de la Segunda Guerra Mundial. Esta

debacle social ocasionó un profundo impacto en las referencias culturales e ideológicas que nutrían ese complejo universo que constituían las tradiciones de izquierdas.

Este proceso de disolución y el inicio del desmedido poder global de los Estados Unidos, reconfiguró y obstaculizó los proyectos políticos que estaban disputándose en América Latina. La hegemonía norteamericana, en términos políticos, económicos y culturales se expresaría en el denominado "Consenso de Washington". Esta propuesta pretendía superar, según su doctrina, eso que se conocía como socialismo real y consolidar un modelo de desarrollo económico que tuvo como laboratorio a la dictadura de Pinochet.

La disolución de bloque soviético, la fragmentación del mismo, dio paso a la hegemonía del paradigma cultural y económico que se articuló con la revancha de los Estados Unidos sobre las experiencias de izquierdas en América Latina¹.

La propuesta económica de crecimiento impulsó la inversión privada y extranjera, practicando –desde el mismo Estado-

una desregulación de sus políticas sociales y económicas. La propuesta para el mundo y, particularmente para América Latina, era la de presionar a los gobiernos a realizar esas reformas neoliberales permitiendo la circulación de capitales, que a la larga se convertirían en grandes poderes económicos.

El nuevo escenario neoliberal hegemónico presionó y fue reapropiado por las derechas latinoamericanas para controlar y dirigir los Estados, proyecto que llevó a la construcción de una "sociedad excluyente" (Svampa, 2005).

Para mediados de la década del 90, podemos advertir que todos los países de América Latina, salvo Cuba, eran gobernados por grupos neoliberales. Ante los ojos del mundo, los grandes Estados de Bienestar comenzaban a disolver sus capacidades económicas y soberanas. En tal sentido, existieron dos grandes golpes ideológicos en esas décadas: la disolución del campo socialista y el desprecio y erosión de las experiencias del Estado de Bienestar.

La reivindicación del capital privado para el crecimiento, se utilizó como fundamento para las privatizaciones, para la desregulación y, fundamentalmente, para la erosión de lo público.

El creciente padecimiento social, pretendió ser superado por “la teoría del goteo”, la cual no impactó en la resolución de necesidades, sino que profundizó, la desigualdad social.

Desmantelamiento del Estado y afirmación de nuevas derechas.

Durante la época neoliberal asistimos a una redefinición conceptual y práctica del Estado y a la apropiación -directa o indirecta- de los grupos bancarios y financieros de entes estatales (como sucedió en el caso ecuatoriano).

La ola de privatizaciones en América Latina liquidó el poder patrimonial logrado por históricas luchas sociales; también limitó el poder estatal frente a los grupos empresariales.

Las reformas de las leyes sobre recursos estratégicos y sobre los bancos centrales en nuestra región fueron diseñadas por el Fondo Monetario Internacional o el Banco Mundial a medida de la voracidad de los centros hegemónicos. Así, el desmantelamiento del Estado, se producía en el mismo momento en que poderes empresariales y transnacionales se erigían como vencedores.

Todo ello contribuyó a erosionar lo público y a afianzar una ideología consumista articulada con la reivindicación de lo privado. El Consumismo y el afianzamiento de lo privado fueron dos caras de la misma moneda.

Por lo tanto, la consolidación del neoliberalismo era la consolidación económica de un conglomerado de derechas que controlaban el destino estatal y que, además, pretendían establecer órdenes políticos con adhesión popular².

Crisis y resistencias al neoliberalismo. El rol de los movimientos sociales.

La financierización y desindustrialización de las economías latinoamericanas se produjo –mayoritariamente- de la mano de la transnacionalización de empresas de servicios, las cuales, cuando se apropiaron de nichos de mercado muy importantes, se transformaron también en los actores económicos más poderosos de la región.

Estas economías “abiertas”, financierizadas, privatizadas y, desindustrializadas, impactaron sobre pequeños y medianos

emprendimientos agrícolas e industriales con consecuencias directas sobre el aumento de la pobreza y el desempleo.

La reducción del mercado interno, el creciente desempleo, la profundización de la informalidad, la flexibilización laboral, transformaron a las sociedades latinoamericanas en territorios desiguales e inseguros.

La respuesta principal a la violencia social y política del neoliberalismo fue el surgimiento de movimientos sociales. Experiencias que venían a reemplazar las formas de organización y resistencia propias de las décadas anteriores³.

Estos movimientos ponían el neoliberalismo, la desigualdad y rechazaban un sistema político atravesado por la indiferencia frente a las necesidades populares, a la corrupción y a la degradación de lo público.

El rol de los movimientos sociales fue fundamental para la elaboración de una discursividad que tuvo un importante impacto en los debates, que luego, a su manera, serían reapropiados o resignificados por los gobiernos antineoliberales.

II. Nuevos gobiernos en América del Sur: respuestas económicas y políticas a la devastación neoliberal.

La presión social y política sobre los gobiernos neoliberales, la depreciación económica, el debilitamiento del mercado interno, el desempleo y el crecimiento de la desigualdad, fueron los antecedentes ineludibles de los nuevos gobiernos progresistas. La clave de estos gobiernos debe buscarse en la intensidad de la crisis y en las formas de articulación política que se produjeron en cada país para elaborar un proyecto alternativo⁴.

Estas nuevas experiencias políticas, que produjeron un vuelco en la región, venían a superar la crisis de representación que provocó el neoliberalismo con la erosión in extremis de las solidaridades. A su vez, buscaban resituar al Estado como regulador de la economía y perseguían la politización de la vida y de lo público.

El bienestar social se colocaba sobre las rentabilidades empresariales y se presentaba al poder político como la posibilidad de ser reconfigurado con la participación ciudadana.

Estos gobiernos, reivindicaron la política como una actividad virtuosa para ampliar los horizontes de igualdad y libertad. De esta manera, estas experiencias políticas venían a demostrar que *igualdad y libertad* podían articularse y retroalimentarse.

Por último, estos nuevos gobiernos produjeron una profunda "conmoción simbólica". Nunca se escucharon con tanta asiduidad los nombres de Bolívar, San Martín, Antonio José de Sucre, Juana Azurduy, Manuela Sáenz, Eloy Alfaro, etc.

Experiencias de gobiernos populares: Democracia, ampliación de derechos y Bien Común.

La representación de los intereses populares, la apelación a los diversos actores que integran dichos intereses, el fortalecimiento de las instituciones en la clave de resolución de las necesidades sociales hicieron, desde el inicio, que estas experiencias políticas sean consideradas como gobiernos populares.

El bienestar y justicia social —representados por el Buen Vivir en Ecuador, el Vivir Bien en Bolivia, entre otros— fueron introducidos como valores, políticas y concepciones en una renovada idea de democracia. Esto buscaba la resolución de las injusticias sociales, la participación ciudadana y la transformación del Estado.

Una revitalizada idea de Bien Común, como orientación general de estos nuevos gobiernos, no solo recuperaba los hilos más vitales del igualitarismo sino que planteaba la necesidad de universalizar derechos que se transformaban en una protección frente a los intereses empresariales.

Ahora bien, las respuestas de los nuevos gobiernos a la lógica neoliberal no fueron unívocas sino que se movieron entre un *desarrollismo inclusivo* y, por lo que se denominó, el *Socialismo del siglo XXI*. Si bien, poseen características comunes, debemos advertir que la opción por el Socialismo del Siglo XXI ha trastocado, vía reformas constitucionales, las bases del poder político, ha indicado la necesidad de avanzar en la transformación de la estructura económica y ha incorporado temas fundamentales como el ambiente, otra concepción sobre el desarrollo, la naturaleza y la plurinacionalidad.

Aparición y construcción del Socialismo del Siglo XXI como propuesta ideológica y económica. Experiencia ecuatoriana, boliviana y venezolana.

El Socialismo del Siglo XXI comenzó a desarrollarse, como propuesta política, desde el inicio del gobierno del Hugo Chávez. Fue, a su vez, impulsado por Ecuador y Bolivia, produciéndose así una relectura original del socialismo. La misma suponía criticar los elementos más opresivos del llamado socialismo real; recuperar las múltiples tradiciones emancipatorias forjadas en Latinoamérica y establecer un vínculo entre socialismo y la democracia.

Desde una perspectiva singular, el Socialismo del Siglo XXI coloca al Estado y a la sociedad como actor central en la vida económica; se abre a la coparticipación del sector privado y, reivindica nuevas formas de representación y participación.

Los actuales gobiernos de Venezuela, Ecuador y Bolivia establecieron como principio, tanto para ampliar el poder del Estado como el de la sociedad, la recuperación, decisión y control sobre los recursos naturales estratégicos.⁵ A su vez, la recuperación de los bienes nacionales va de la mano de la

recuperación del poder político por parte del Estado y de la ciudadanía.

La experiencia venezolana, ecuatoriana y boliviana está atravesada por tres elementos simbólico-políticos relevantes: 1) el concepto de revolución en el centro de la escena, 2) reformas constitucionales: democracia y soberanía popular y 3) la radicalización de la democracia y del bienestar.

Estas experiencias gubernamentales han colocado el concepto de revolución en el centro de la escena política. Ese concepto, mancillado por el neoliberalismo, fue recuperado con inusitada fuerza. La nominación de estos procesos como "Revolución Bolivariana", "Revolución Ciudadana", "Revolución Boliviana", dan cuenta del impacto simbólico y discursivo al interior de dichos países, como en toda América Latina.

En relación a las propuestas económicas, estos gobiernos plantearon la necesidad de superar la primarización de su estructura productiva e impulsaron políticas tendientes a cambiar las matrices de producción.

Por último, una dimensión central de estos “Socialismos del Siglo XXI”, es la reivindicación, protección y elevación de la naturaleza a un status jurídico significativo⁶.

Las reformas constitucionales en Venezuela (1999), Ecuador (2008) y Bolivia (2009) no solo implicaron avances radicales con respecto a otras constituciones, sino que articularon, de manera inherente, democracia y soberanía popular.

Los proyectos constitucionales movilizaron a todos los actores sociales para su debate, produciendo una *revolución de la soberanía popular*. Ésta, dejaba de ser un enunciado doctrinario, para convertirse en sujetos reales discutiendo, participando y apoyando el debate constitucional. Sujetos que luego impugnarían cualquier intento de desestabilización⁷.

La radicalización de la democracia incluyó, en las propuestas económicas, una democratización de la vida pública y de la propiedad. Los gobiernos de Venezuela, Ecuador y Bolivia se

animaron a repensar las políticas públicas y las formas de propiedad⁸.

De esta forma, se asoció radicalización de la democracia con la democratización de lo público y de los medios de producción, planteando una nueva perspectiva que dotaba de “sustrato material” el bienestar de comunidades, barrios y pequeños propietarios.

III. Socialismo del Siglo XXI y nuevas estrategias de desarrollo e integración regional.

El Socialismo del siglo XXI es y fue una estrategia contra el unilateralismo hegemónico de los Estados Unidos. Apostó a recrear a través del ALBA otros vínculos económicos y, fundamentalmente, cooperativos entre países, intentando impugnar las asimetrías e imposiciones que ejercieron, durante décadas, los países centrales. La apuesta por un mundo multipolar, llevó a los países identificados con el Socialismo del Siglo XXI, a incorporarse a otros bloques (MERCOSUR, UNASUR) y a realizar acuerdos geoeconómicos y geoestratégicos con países Sur-Sur. En este sentido, se ha

reformulado una estrategia económica⁹ que permita intercambios comerciales que colaboren, sustancialmente, con el bienestar de las sociedades, que con la rentabilidad empresarial.

CONCLUSIONES:

En este discurso, hemos presentado, fundamentalmente, una de las grandes respuestas políticas a la crisis social, económica y gubernamental, que ha provocado el neoliberalismo en nuestra región.

El Socialismo del Siglo XXI, ha avanzado en planteos que intentan superar el programa neodesarrollista y, a su vez, esgrimir un horizonte ideológico y de sociabilidad para el futuro. En este sentido, el Socialismo del Siglo XXI, debe ser entendido como una aspiración que se construye día a día o como un mito movilizador —como lo planteaba el peruano José Carlos Mariátegui (1928) —.
